

—¡Andrés! . . . ¡Nos perdemos!—gritaba con toda la fuerza de sus pulmones Jaime para poder hacerse oír.

—¡Padre! . . . ¡Padre! . . . —respondía la voz temerosa de Andrés, contestando á aquellas imprecaciones lastimosas.

—¡El escapulario, hijo mío. . . . ¡El escapulario!—se oyó decir á Jaime al cabo de pocos momentos.

Y es que aquellos pobres marineros, víctimas de los horrores de la borrasca, ya no tenían confianza en sus fuerzas, y acudían en demanda de auxilio á la Reina de los Cielos.

IV

Al día siguiente una mujer y una niña, Marta y Lorenza, cogidas de la mano, caminaban hacia la playa.

De sus ojos se escapaban lágrimas abundantes, y de sus pechos pesarosos suspiros.

De vez en cuando levantaban la cabeza para mirar el Océano.

—¡Nada, madre! ¡No veo nada!

—¡Dios nos ampare, hija mía! Si tu padre y tu hermano han muerto. . . . ¿qué será de nosotras?

Y después de andar nuevamente largo trecho, volvían á mirar, y á no ver nada más que la fluctuante masa de agua.

Pronto llegaron junto á un grupo de rocas escarpadas, ásperas, salvajes.

—¡Allí, madre, allí—dijo la niña señalando un lugar donde se veían restos de una lancha.

Y ambas se precipitaron hacia aquel lugar, como si las tablas despedazadas pudieran servirles de consuelo.

V

Jaime y Andrés habían dado sobre las rocas: la lancha se hizo pedazos, y ellos quedaron tendidos entre los riscos agudos.

Allí les hallaron Marta y Lorenza sin sentido, con las ropas desgarradas y las manos llenas de sangre. pero cerradas, oprimiendo fuertemente el escapulario de la Virgen del Cármen.

De la Virgen del Cármen, que los había salvado de una muerte segura.

J. HUERTAS.



LA LIMOSNA.



Iban tres doncellas camino de la Feria; en donde valioso premio había de adjudicarse á la hermosa que manos más lindas mostrara.

Una de ellas llegó á un bosquecillo de nardos silvestres, cuyas corolas dejábanse robar por vientos y aves la fragante esencia; y una á una fué tocando las olientes flores que en sus manos delicadas dejaban de sus pétalos la nieve y el óleo jugoso de los cálices.

Tropezó la otra con el hilo de plata de un arroyuelo que bullente corría lavando guijas de

oro y alfombra de violetas. En las aguas cristalinas embalsamadas, bañó sus manos bellas, que de ahí salieron aún más preciosas.

Tímida y modesta la tercera, vacilaba en pedir, como sus rivales, á flores y fuentes el secreto de la belleza, cuando salió al paso andrajoso mendigo que en agonizante voz imploró de ella "Una limosna por amor de Dios." Sacó la niña de su escarcela una moneda y dióla al mendigo, dejando caer una lágrima.

Aquella lágrima se cuajó en perla, la perla se desparramó en iris, y el iris esmaltó de luces celestiales la mano de la hermosa.

Ni la que se ungió con la esencia de los nardos silvestres; ni la que se lavó en la fuente de las guijas de oro, alcanzaron la rica diadema ofrecida en la Feria á la más pura y bella mano.

Por sobre todas brilló, con hermosura singular, la que había embellecido y purificado la lágrima del pobre.

NICANOR BOLET PERAZA.

Via-Crucis.

I

Fatigado en la senda de la vida me detuve un momento á descansar, y sin quererlo, la mirada incierta volví hacia atrás.

Miré al pasado: contemplé tan sólo junto al zarzal el cardo punzador torcido por los rayos estivales del igneo sol.

Conservaban agudas sus espinas de la existencia el desencanto cruel, ensueños y quimeras seductoras la fé de ayer.

Sobre los riscos y filosas grietas se miraba la sangre de carmín que vertieran las plantas laceradas desde el partir.

II

Si ante la realidad, las ilusiones mueren como las flores del pensil cuando asoma su frente el cano invierno, es descarnado espectro el porvenir.

Quedan entonces sólo á los mortales, el ronco lamentar del aquilón, el gemir de las ráudas tempestades del caos el combate aterrador.

Las encrespadas ondas que se agitan y se chocan en hórrido vaivén en los abismos del Estigio lago, lágrimas de la vida son tal vez.

De sus rompientes en la opuesta orilla cabo encuentra el horrible batallar: tras de los brazos de una cruz de piedra se levanta la obscura eternidad!

HERNÁN CONDE.